


# Correctly, Neatly, Quickly Gadgets arquitectónicos

Jorge Vázquez Ángeles

**K+Σ KEUFFEL & ESSER CO.**

**LEROY®**  
**LETTERING & SYMBOL DRAWING**



LEROY Lettering and Symbol Drawing equipment is precision engineered in every detail. It is designed for the utmost simplicity of operation, for work of perfect neatness and uniformity.

LEROY equipment comprises three basic items.

1. **LEROY TEMPLATES.** These are engraved with a great variety of styles and sizes of alphabets, each with letters that are individually complete, as well as graphical symbols and designs, words, or phrases engraved specially to individual requirements.
2. **LEROY PENS.** These are made in a wide range of widths, for choice according to the size of lettering or style of work to be done.
3. **LEROY SCRIBERS.** With the tracer pin of the scriber the engraved letters or symbols on the template are traced. The pen, which is held in one arm of the scriber, does the work in full view, clear of the template. The scribers are made in two styles, fixed and adjustable. With the adjustable scriber, either upright or slanted letters can be drawn.

LEROY equipment can be obtained in sets of various sizes or by individual items. These are described in the following pages.

Imagen: Catalog Keuffel & Esser Co.  
Drafting Instruments and materials, 1952

DENTRO DE UNA VIEJA CAJA DE ARCHIVO MUERTO que vivió mejores épocas, encontré una de esas reliquias que se conservan bajo la inocente esperanza de que algún día puedan subastarse por varios miles de dólares. Antes de partir en búsqueda del sueño americano, uno de mis tíos me heredó una caja rectangular de plástico verde oscuro, cuyo contenido me sería de gran utilidad cuando entrara a la universidad, me dijo. Adentro de ella, bien acomodadas, hay once plantillas blancas con un abecedario completo inscrito en cada una —con mayúsculas y minúsculas—, un “cangrejo” (*scriber*), nueve estilógrafos y once plumas. Se le conoce como *Leroy*, y fue producido, desde 1936, por la casa Keuffel & Esser Co., con sede en Morristown, Nueva Jersey.

Para la mayoría de los estudiantes que se enfrascaban noche a noche en la resolución de un proyecto arquitectónico, el *Leroy*, junto con el restirador, la regla T, las escuadras, el compás de precisión, el portaminas y un café bien cargado, formaba parte del equipo básico del futuro arquitecto. Era una especie de programa *Word* arcaico, manual y portátil para escribir medidas y notas en cada plano, fuera de papel mantequilla o albanene. El *Leroy* es la evolución del pantógrafo, su pariente lejano: cuando se determina la posición donde

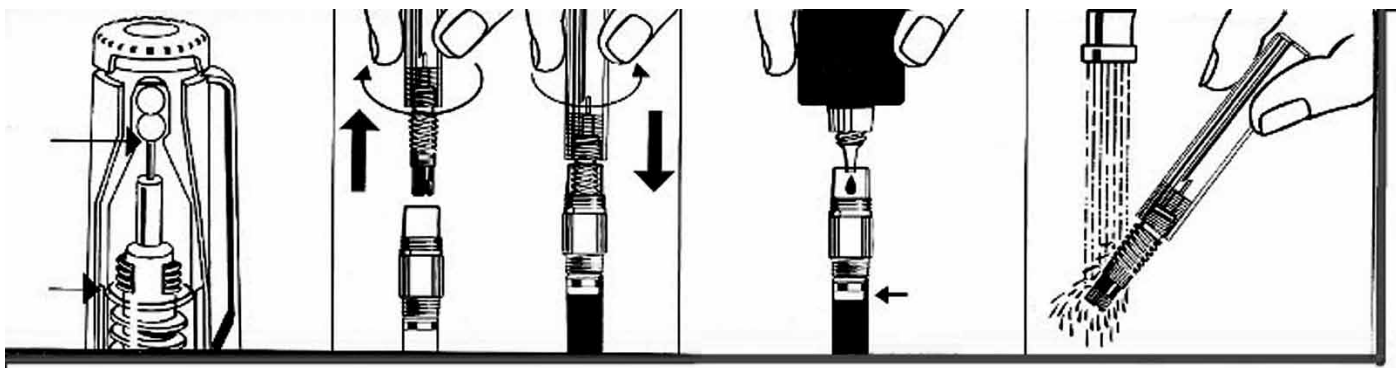


Imagen: instructivo de los estilografos Staedtler

se ha de colocar el letrero o la cota, con el lapicero o estilografo sujeto a una de las patas del cangrejo, la otra punta se desliza a través de las letras inscritas en la plantilla.

Es bien sabido que escribir por medio del *Leroy* en diez o doce planos era una tarea tan ardua y desesperante que la responsabilidad de poner “letritas” recaía en el menos capaz o en el más haragán del equipo (se daban casos en que un sólo estudiante poseía ambas características). Piénsese en el vía crucis que implicaba trabajar en solitario. Otro de mis tíos afirmó en cierta ocasión, al calor de las copas, que todas las palabras de los créditos de las telenovelas de Televisa se escribían por medio del *Leroy*.

Recuerdo que la noche de mi primera desvelada, ese primer año universitario en que el sueño y el cansancio parecían no afectarme, utilicé la herencia de mi tío. Quería apantallar a mis compañeros. Apenas terminé de rotular el primer plano, pensé en el pobre diablo que se la pasaba encerrado en un gabinete trazando los nombres de Verónica Castro o de Lucía Méndez, del *floor manager*, del microfonista y de toda la producción, simplemente para que en el momento de su aparición el televidente cambiara de canal. Mis ganas de sobresalir me habían costado lo más valioso que posee un estudiante de arquitectura: las escasas horas de sueño. Jamás volví a utilizar la herencia de mi tío Arturo.

En una escena memorable de la película *Ensayo de un crimen* (Luis Buñuel, 1955), la novia de Archibaldo de

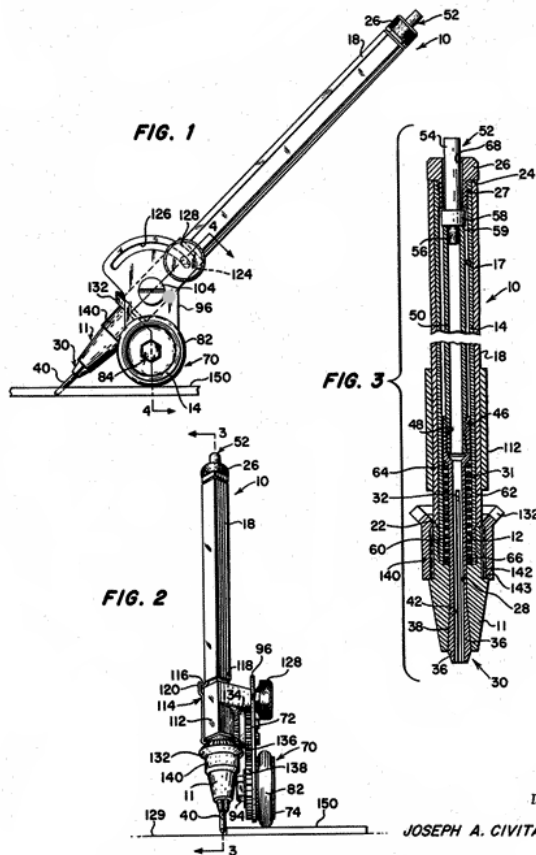
la Cruz, Carlota Cervantes, entra al taller de su amante, el arquitecto Alejandro Rivas. Antes de entrar al privado donde discutirán sobre su relación malsana, se observa a un grupo de personas trabajando alrededor de un “restirador”. Y existe una fotografía de Frank Lloyd Wright donde él aparece trabajando sobre uno, rodeado por decenas de jóvenes aprendices que lo observan mientras él les explica cómo resolver un proyecto.

Aunque en realidad se trata de un mueble, esta mesa de trabajo también puede considerarse un *gadget* que representaba el centro de reunión habitual de los arquitectos: era el sitio donde se gestaba la arquitectura de manera real y tangible. Se trata del antecedente primigenio del monitor de la computadora y de la superficie negra del AutoCAD. En un pasado no muy lejano, los restiradores se hacían de madera y para armarse se debía de contar con una guía pormenorizada tan compleja como el instructivo de un juguete de Lego. Una vez ensamblado, era indispensable forrar la superficie de trabajo con un rollo de papel milimétrico, debido a que el tono natural del aglomerado oscurecía tanto los pliegos de papel albanene que ni la lámpara más potente salvaba al estudiante o profesional de incrementar considerablemente su nivel de miopía.

Ya en los años noventa, el uso de las superficies de melanina blanca convirtió al papel milimétrico en un producto sujeto a existencia y disponibilidad en sucursales. Aunque todavía son necesarios en ciertos tipos de trabajo, los restiradores generalmente se emplean como depositarios de ropa sucia, o sucumben a la humedad arrinconados en el cuarto de los triques.

La regla paralela y su pariente cercano pero pobre, la regla T, cumplían una función fundamental y a la vez simple: conseguir líneas rectas y planos relucientes. Sin embargo, aunque cercanas, no eran iguales. La regla T era portátil y aventurera, gozaba de la posibilidad de recorrer el mundo y de conocer distintos ambientes y superficies: una casquivana. Su libertad era su mayor riesgo: podía quedarse olvidada en un salón o sufrir un accidente que rompiera el cabezal que le confería su identidad. La regla paralela, en su sofisticación, resultaba más parecida a una mujer delicada y conservadora. Además de costosa, estaba condenada a no salir jamás de casa y a vivir atada irremediabilmente a un solo restirador. Si no se quería obtener malas líneas era indispensable que la cuerda negra que la hacía deslizarse hacia arriba o hacia abajo permaneciera siempre tensa, supervisando que los herrajes colocados en las cuatro esquinas del restirador no la dañaran.

Al final de su vida útil ambas reglas compartían un destino único: no en la basura, sino desterradas en alguna pared donde fungían como adornos que evocaran los días transcurridos en la universidad. La similitud



INVENTOR  
 JOSEPH A. CIVITARESE  
 BY *Norris P. Bateman*  
 ATTORNEYS



que la regla T guarda con la cruz la convertía en un objeto de culto para persignarse. Aparentemente a salvo en ese altar de la memoria, el sol, la humedad y los cambios de temperatura las deformaban imperceptiblemente hasta volverlas incapaces de cumplir con su misión: el trazo de líneas rectas.

La fragilidad de un estilógrafo, pluma con que se entintan los planos, radica justamente en su punta. Su peor enemigo: la inclinación del restirador. En un descuido, si no se apoyaba adecuadamente sobre la regla paralela, el estilógrafo rodaba imparablemente hacia el vacío. Lo peor no era el golpe en sí, sino que la mala fortuna casi siempre implicaba en el accidente al estilógrafo 0,0, el más delicado y caro, el más necesario antes de la última entrega del semestre. Todo ocurría a las cuatro de la mañana. Y la entrega era a las siete.

Una de las peores tragedias que podía ocurrirle a un estudiante de arquitectura era deslizar incorrectamente las escuadras provocando que la tinta aún fresca se “corriera”. Como un tatuaje mal ejecutado, la mayoría de las veces la única posibilidad de corregir el desperfecto era repetir todo el trabajo. El responsable de tantas frustraciones era el estilógrafo, primo hermano de los grafos y los conos.

Existe una constante en el mundo de estas plumas traicioneras y frágiles: son producidos por fábricas europeas. De Alemania, Staedtler y Rotring, fundadas en 1835 y 1928, respectivamente; Koh-i-Noor, nombre de un famoso diamante hindú, es una fábrica checa establecida en 1790. Las computadoras y los *plotters* han desplazado del mercado a estas empresas por varias razones: la velocidad en el trabajo, la posibilidad de que una modificación no implique necesariamente rehacer todos los planos y ser el más eficaz remedio contra la frustración que provoca una horrible mancha negra a las cinco de la mañana.

A pesar de lo arcaico de todos estos *gadgets*, siempre me han gustado más los planos hechos a mano. 